



**Valeria
en blanco
y negro**

ELÍSBET BENAVENT

Valeria encuentra un sujetador que no es suyo en casa de Víctor.

Valeria se siente humillada, engañada, estúpida...

Y de pronto conoce a Bruno, ¡peligro!

Y mientras el mundo se pone patas arriba...

... Lola conoce a Rai en sus clases de chino.

... Carmen tiene problemas en la organización de su boda.

... y Nerea se ha cansado de ser Nerea la Fría.

Elísabet Benavent ha revolucionado las redes sociales con la publicación de *En los zapatos de Valeria* y *Valeria en el espejo*, que se han convertido en imprescindibles para miles de lectores. Las aventuras de Valeria y de sus amigas atrapan y envuelven, y su lectura se convierte en una experiencia ágil, llena de humor. Divertida, contemporánea, sensual, Valeria vuelve de nuevo con más dudas que nunca, escéptica, desconfiada... Pero el destino le tiene reservadas muchas sorpresas.

*Para María, porque si intento decir lo mucho que
la quiero, me quedo sin palabras.*

1

EMPEZAMOS FUERTE

Víctor estaba arrodillado en la cama, desnudo. Glorioso desnudo el de Víctor, por cierto. Llevaba el pelo revuelto y tenía las sienes húmedas por el esfuerzo. Sus brazos y sus muslos se ponían en tensión rítmicamente, acompañados por el compás de unos jadeos que empezaban a ser secos y violentos. Su pecho se hinchaba... Ese pecho tan masculino, marcado, fuerte y cubierto de la cantidad perfecta de vello que se estrechaba hacia abajo hasta recorrer su estómago en una delgada línea. Y debajo de ella el vaivén entre sus caderas y las mías.

Me tenía cogida por los muslos y me levantaba a su antojo para permitir la penetración. Yo estaba arqueada, desmadejada y a su merced, porque no sé qué tenía aquella postura que siempre hacía que me olvidara de todas mis penas y, sobre todo, de ese nuevo régimen que regulaba nuestra relación. Ya se sabe. No somos novios, no nos pedimos explicaciones, no sabemos del otro más que lo que el otro quiere que sepamos. Un asco, vamos; al menos para mí. Yo lo que quería era otra cosa: una relación, de las que cuando se termina con el sexo se jura amor eterno.

Pero vaya, que cuando Víctor me sostenía las piernas así, ya podía decirme que a partir de ese día me iba a mandar solo telegramas en morse, que a mí me iba a dar igual.

Víctor echó la cabeza hacia atrás y gimió de esa manera que me gustaba tanto, con los dientes apretados. Ese ge-

mido activó un interruptor interior que a su vez me provocó un cosquilleo en las piernas y un leve temblor que me recorrió en dirección ascendente. Me contuve. No quería terminar tan pronto. Balanceé las caderas hacia él sintiendo más fricción cuando su erección se me clavaba.

—Me tienes loco... —murmuró—. Soy adicto a esto, joder. No dejaría de follarte nunca.

Lancé algo que quiso ser un suspiro contenido pero que sonó a alarido y me agarré a las sábanas.

—Más, más... No pares —le pedí.

Víctor aceleró el movimiento y los pezones se me endurecieron cuando una corriente eléctrica me azotó entera, insistiendo en mi sexo. Ni siquiera pude gritar cuando sentí que mi cuerpo explotaba en un orgasmo intenso y jugoso. Me quedé desplomada en la cama, como en coma, y dejé que Víctor siguiera moviéndose hasta que empezó a correrse dentro de mí y ralentizó su movimiento.

—Joder... —gruñó.

El vaivén entre los dos paró del todo y Víctor se quedó unos segundos en mi interior, con los ojos cerrados. En aquellos segundos siempre daba la sensación de que paladeaba despacio el momento, como si fuéramos una pareja que hace el amor y no dos personas que follan. Después, como siempre, se desvaneció esa impresión y se dejó caer a mi lado en la cama, mirando al techo.

A veces Víctor se giraba y me decía algo. Algo tonto, claro, porque ¿qué vas a decir en ese momento si no es «te quiero»? Pues algo como «guau», «ha estado genial» o «dame media hora para repetirlo». Yo prefería aquellas veces que, como esta, se quedaba callado. Las mujeres somos así. Nos gusta más el silencio porque en él caben todas las cosas que preferiríamos que ellos sintieran o pensarán. Es mejor la incertidumbre que saber a ciencia cierta que en realidad está canturreando internamente o pensando en que le apetece una cerveza.

Víctor se giró hacia mí en la cama y se arrulló en la almohada. Me hizo un mimo, me dio un beso en el cuello y me preguntó si quería darme una ducha con él. Víctor y la puñetera ducha poscoito. Esa ducha larga y fría que, no obstante, solía terminar siempre en segundo asalto.

—No, qué va. Me voy a ir ya. Mañana tengo muchas cosas que hacer —dije recuperando el aliento.

—¿Como qué?

—La maleta. Y mandarle a mi editor o agente o lo que quiera Dios que sea un artículo.

—¿Un artículo? —Frunció el ceño y me miró muy interesado.

—Una posible colaboración con una revista. No sé si saldrá. Por mi salud financiera espero que funcione.

—Qué bien. —Se acomodó en la cama y se tapó un poco con la sábana—. ¿Cuándo te ibas?

Durante unas milésimas de segundo pensé que se refería a por qué no me estaba yendo ya de su cama y casi enrojecí, pero luego me di cuenta de que estaba hablando de mi próximo viaje.

—Pasado mañana —contesté.

—¿A qué hora sale tu avión?

—A las seis y veinte, creo. Pero no me hagas mucho caso. Tendría que mirarlo en los billetes.

—¿Te llevo al aeropuerto? —preguntó mientras su mano me acariciaba un brazo.

—No hace falta. Cogeré un taxi —contesté girándome hacia él.

—No, no, pasaré a por ti. A esas horas un taxi... no me hace gracia. Puedo quedarme a dormir en tu casa, si te parece. Así te llevo antes de ir a trabajar y te ayudo con la maleta.

—Bueno. —Sonreí.

En el fondo estábamos continuamente manteniendo un pulso, pero un pulso con nosotros mismos. A mí ese rollo de la seudopareja moderna no me iba, pero jugaba a ir de

dura y a fingir que no lo tenía en cuenta en mi vida y que lo usaba siempre que me venía en gana, cuando la verdad era que me encantaba ver que a él se le escapaban gestos un poco más íntimos que el sexo, aunque esos gestos, bien mirado, no tenían por qué ser amor.

A eso jugaba él consigo mismo; para Víctor la postura en la que estábamos era la más cómoda, y no me refiero a la que habíamos practicado en la cama, sino a no verse obligado a dar explicaciones y no tener una novia al uso. Era a lo que estaba acostumbrado y supongo que así se veía libre de la presión de tener que hacer las cosas bien.

Iba conmigo a cenar, a tomar una copa, a la cama o me llamaba para, simplemente, pasar el domingo conmigo en mi casa, sin sexo de por medio. Eso sí, todo esto sin ninguna obligación. Seguro que les decía a sus amigos que yo solo era la chica con la que se acostaba. Me parecía inmaduro e ilógico porque, además, para poder encajar nuestra relación en aquel molde mantenía una lucha continua consigo mismo para controlar ciertos impulsos que le salían de forma natural y que distaban mucho de parecerse a un «sin compromiso». Al final, los dos teníamos que esforzarnos por mantener aquello dentro de los límites del nombre que él prefería ponerle. Pero yo ya estaba empezando a cansarme.

Estirando la mano cogí las braguitas, que habían caído en la mesita de noche, y me las puse. Me levanté de la cama y alcancé los vaqueros, pero antes de que pudiera ponérmelos, Víctor me cogió de la muñeca y, tirando de ella, me echó sobre el colchón otra vez. Se acercó y me besó en los labios.

—No te vayas, cabezona. Quédate esta noche. —Rozó su nariz contra la mía.

—Es que mañana tengo que...

—Yo te despertaré antes de irme a trabajar. Pasado mañana te vas por ahí y no podré dormir contigo en días.

¿Veis? No sonaba exactamente a lo que él vendía que quería que fuera, ¿no?

2

PERO... ¿ESTO QUÉ ES?

Escuché la alarma en la lejanía, aunque solamente estaba al otro lado de la cama. Bueno, mi cuerpo estaba allí, pero mi yo intangible estaba soñando con las rebajas de Bimba y Lola, peleándose oníricamente por un bolso con una chica sin cara.

La mano de Víctor le dio un toque al despertador y el pitido infernal desapareció. Me acurruqué y él se sentó en el borde. Le oí resoplar y miré de reojo el reloj sin poner demasiado empeño en abrir los párpados. Las seis y media. La desconocida sin cara me había arrebatado finalmente el bolso megarrebajado.

Víctor se levantó y con paso lento se encaminó hacia el baño. Siempre me ha fascinado la facilidad con que acepta que no hay más narices que levantarse. Nunca refunfuña ni pide «cinco minutitos más».

Modo ironía on: casi como yo. Modo ironía off.

Cuando pasó por delante de la cama no pude evitar lanzar una miradita a sus piernas y a su trasero. Me encantaba esa costumbre suya de dormir en ropa interior aunque hiciera ya un frío de mil demonios. Me daba unas alegrías por la mañana...

Escuché el agua de la ducha. Mis párpados pesaban quintales.

Dormí un poco más.

La puerta del armario, sonido suave de perchas de madera chocando entre ellas.

Abrí un ojo.

Víctor se metía la camisa por dentro del pantalón de traje y se abrochaba el cinturón. Cerré los ojitos feliz con la visión. Qué riiiiicooooo.

Seguí durmiendo.

Víctor se inclinó sobre la cama y me dio un beso en el cuello. Gimoteé suavemente. Fuera aún era de noche.

—Valeria, son las siete y media. Tienes café en la cocina.

—Cinco minutitos más —murmuré.

—Dijiste que querías volver pronto a tu casa.

—Dije pronto, no al alba —me quejé.

—Venga. —Me dio una palmada en el trasero que resonó en el dormitorio—. Te llamo luego.

Después el pasillo se llenó del sonido de sus pasos, del de las llaves al caer en el bolsillo de su pantalón y del de la puerta al cerrarse. Miré al techo. Sí. Sin duda. Era más feliz cuando Víctor me quería, me achuchaba y me traía el desayuno a la cama. ¿Qué habría hecho mal para dar un paso hacia atrás tan grande?

No había mucho más que pensar. Las cosas eran como eran y si no me gustaban, ahí tenía la puerta. Pero pensar en dejarles vía libre a todas las golfillas que quisieran calentarle la cama no me hizo sentir precisamente mejor. Él me prometió que mientras nosotros nos viéramos no habría nadie más. Ninguna putilla de cuerpo escultural dispuesta a hacer realidad sus sueños más perversos ocuparía ese pedazo de cama que yo reclamaba como mío. Si me ponía a pensar, acababa llegando a la conclusión de que eran solo esas depuradas técnicas amatorias lo que me diferenciaba de esas chicas. Ellas las tenían y yo no. Yo solo era una más. El equivalente humano y sexual a una bolsa de agua caliente.

Sin darme oportunidad para seguir pensando ese tipo de cosas, me levanté, robé una camiseta del armario y fui a

la cocina, donde me serví una taza de café. Claro, como ya no tenía derecho a dejar ninguna de mis pertenencias allí, o me pasaba la vida cargada como una mula o me acostumbraba a andar con lo justo y sin comodidades. Comodidades tales como pijama, acondicionador o una muda limpia.

Me bebí el café, enjuagué la taza, fui a la habitación e hice la cama. Debería dejarla sin hacer y hasta olvidarme las bragas dentro, por fastidiar, pero era cobarde. Después busqué mi ropa por la habitación.

En realidad la noche anterior habíamos ido por allí de paso para recoger las llaves del coche e ir a cenar. Pero en un arranque de pasión, Víctor me había arrollado contra una pared y adiós a la reserva en el restaurante. La ropa la fuimos perdiendo a la vez y a manotazos, así que no me extrañaba nada que no encontrase el sujetador. Lo localicé debajo de dos cojines, en el sillón en un rincón de su dormitorio, mejor doblado de lo que esperaba.

Lo primero que me extrañó fue el tacto. Lo segundo, que no me cupieran las tetas dentro. Recuerdo haber arqueado la ceja izquierda y haber pensado que últimamente cenaba demasiado. Pero, espera, espera, espera..., ¿tanto cenaba como para que de un día para otro el sujetador no me valiera? Me lo volví a quitar y lo miré con detenimiento.

¿Por dónde empiezo? ¿Por que era de una marca que yo jamás había usado? ¿Por que no era de mi talla? ¿Por que ni siquiera era del mismo color que el que yo llevaba el día anterior? ¿Cómo iba a combinar yo unas braguitas de encaje blanco con un sujetador negro de raso sintético? ¡¡Raso sintético!!

Bien. Estaba bastante claro. No era mío.

Antes de irme dando un portazo me preocupé por buscar un rollo de celo por toda la casa. Dejé el puñetero sujetador colgando del espejo de la entrada con una nota que ponía: «Ahora esperarás que crea que es de tu hermana, gilipollas comemierda».

Sí, gilipollas comemierda. Así me las gasto yo cuando alguien me toca las narices.

3

NO PUEDO CONFESAR

Las mujeres somos muy de esconder los detalles que nos hieren o que nos hacen sentir humilladas por no hacer leña del árbol caído. Y actuamos así porque no queremos aceptar que lo estamos permitiendo. ¿Cómo iba yo a decir nada sobre el sujetador en cuestión? Me callé. Me callé como una mujer de vida alegre a pesar de que Lola me llamó para asegurarse de que tenía impresos los billetes de avión, de que Carmen también me telefoneó para preguntarme por decimoctava vez dónde cojones íbamos y de que hasta Nerea me había dejado un mensaje en el contestador pidiéndome que le devolviera la llamada.

Eso sí, al llegar a casa, en un ataque de rabia, le di una patada a lo primero que tuve a mano, que fue el revistero. Hundí el pie en él, haciéndolo astillas y dejando tiradas por todo el salón las revistas que contenía. Después me senté en el suelo y me eché a llorar. ¡A llorar! ¡Yo! Puto Víctor. Puto año de mierda. ¿Por qué no podía llegar otra vez el mes de abril y por qué no podíamos Víctor y yo volver a conocernos?

Seguramente porque volvería a cometer los mismos errores.

En el fondo sabía que él tenía derecho a hacer con su tiempo libre lo que quisiera, pero... ¿y su promesa de que no habría más mujeres? Porque ¿para qué narices necesitaba más sexo?

Mientras sacaba la maleta de debajo de la cama, con las mejillas empapadas de pura rabia, hice un repaso mental a la última semana. El viernes salí a tomarme unas cervezas con las chicas y Víctor había pasado a recogerme, motu proprio, para llevarme a casa, pero habíamos terminado yendo a la suya y haciéndolo en el sofá. Y para más señas fue magnífico y supersalvaje. Creo que Víctor aún llevaba la marca de mis dientes en su hombro izquierdo.

El sábado comimos juntos, después me fui a mi casa y por la noche salimos a tomarnos unas copas, nos emborrachamos y al llegar a casa caímos inconscientes sobre mi cama. Habíamos ido al cine el domingo y después habíamos terminado otra vez en mi casa, haciendo *guarreridas* españolas (o francesas, más bien) que terminaron, como siempre, con repetición en la ducha. Y lo de la ducha fue de película X. Satisfactorio, animal y muy morboso. El lunes se había pasado por mi casa y lo habíamos hecho en la cocina. Después cenamos *sushi* de aguacate y salmón que nosotros mismos cocinamos juntos entre besos y toqueteos. El martes... El martes había sido la noche anterior. Así que, resumiendo, o sus días tenían más horas que los del resto de los mortales o había aprovechado el sábado por la tarde entre una cosa y otra para follarse a una furcia de pechos pequeños con sostén de satén sintético.

Joder. Hijo de la gran puta. ¿Cuánto sexo necesitaba? ¿Qué era lo que pasaba con él? ¿El problema era la variedad? ¿Era eso? ¿Necesitaba montárselo con un montón de pequeñas vaginas jóvenes y vibrantes para mantener sentirse siempre joven?

Quizá lo lógico hubiera sido llamarlo y pedirle explicaciones, pero me sentía tan humillada y tan tonta... Además, esperaba que surtiera algo de efecto mi montaje especial con sostén y celofán. Sonaba a título de escultura de arte contemporáneo. Podría valer como metáfora de la estupidez femenina, supongo.

Me concentré en hacer la maleta. ¿He contado para qué hacía la maleta? ¡Qué cabeza la mía! Era la despedida de soltera de Carmen. Se casaba en seis meses. Sí, ya, nos lo habíamos tomado con mucha previsión, pero temíamos acabar dentro de un canal con la bicicleta de alquiler enganchada en uno de los brazos y las dos piernas rotas; queríamos dar tiempo a que se soldara una posible fractura ósea y que la novia no tuviera que ir al altar en silla de ruedas. Nos íbamos a Ámsterdam.

Lola había conseguido unos billetes de avión tirados de precio, así que los compró al instante sin preguntarnos ni a Nerea ni a mí, y menos aún a Carmen, que se enteraría del destino al día siguiente en el aeropuerto.

Lola había vivido allí durante un año, mientras estudiaba con una beca Erasmus hacía un trillón de años; le encantaba la ciudad y más en invierno. Corría ya el mes de diciembre, así que su pasión nos aseguraba una guía de excepción.

Comprimí en mi maleta de mano cuatro jerséis de cuello alto, tres pares de vaqueros, un par de vestidos, medias tupidas, ropa interior, un pijama, los útiles de aseo y un par de collares. ¿Cómo lo hice? No sé muy bien. Lo único que sé es que debió de ser el cabreo, que me hizo más minuciosa. Eso sí, iba a tener que combinarlo todo con las mismas botas.

Después me senté con la intención de escribir un rato pero lo único que pude hacer fue fumar un cigarrillo tras otro y llamarme tonta diez mil veces. Me abstraí mirando a través de la ventana y casi sin darme cuenta pasó el día.

Maldito Víctor.

A las ocho de la tarde sonó el timbre de mi casa. Era él, claro. Y el caso es que sabía que no pasaría por su casa, que conociéndolo iría al gimnasio y después vendría directamente a la mía. Si no quería verlo lo más fácil hubiera sido